



UBRÍO OFICIO

M. Rafael Sánchez

Lux aeterna. Dime que quieres probar a encontrarte en una soledad de diez días, invisible a los transeúntes que no te alcanzan, comiéndote las uñas pintadas de rojo mientras me acaricias la espalda de la nuca al coxis. Juro no desmayarme, juro no besarte, eres tan invisible como el amor o el miedo pero tienes el cuerpo precioso que ellos no tienen. Antes de que el tiempo se nos acabe y sepamos el sabor de lo destruido, antes que el campo esté agostado y de que el otoño sea la quimera preferida, antes de que te roben la casa y de que los hijos sean esos desconocidos al otro lado del río, antes de que pinten canas y la vista esté tan cansada como los atletas que nunca llegan a la meta, antes de que el mañana se nutra del pasado y nunca ya más puedan trotar tus piernas, antes de que vayas de excursión y ya no viajes y siempre equivoques qué llave abre tu casa, antes de que el ruido te moleste menos que el silencio y hallas entregado tu voluntad a un dios, antes de que todo te de igual y creas que todo es lo mismo y así seas el gran ignorante, antes de todo eso y de tanto por mil más, antes, pobre mortal, debes buscar la distancia exacta, esa que enfoca tu vista y sabe dónde hay verdad y dónde mentira, dónde el amor duele y dónde la ternura es amor, dónde el arrepentimiento es mayor por lo omitido que por lo actuado. No hay más juicio final que el final de tu propio juicio. Réquiem for a dream.

Percibo otros ojos
viajeros, cuando los míos
miran al cielo. Una ráfaga
de abejaruco y el cometa tranquilo
de un buitre suenan a susurro
en la mirada. Hay ángeles en las nubes,
brotan páginas de relax en el azul,
y el sonido del cielo es una canción melancólica
de Damien Rice o Keaton Henson. Froto mis manos
con las palabras que descienden del canto
de un mirlo posado en la vieja encina
y descubro, entre los dedos,
un lápiz con el que escribir esta emoción
que ahora lees.

En el umbrío y húmedo patio del reinasofía,
el crepitar del agua en la fuente es monótono.
Palabras indistinguibles, a lo lejos, suenan tranquilas y
un par de chicas jóvenes me nutren, al contemplarlas,
del deseo irrenunciable a los sueños que aún tengo.
La planta cuarta de este museo es un hospital en guerra,
cada treinta minutos resucitan las mismas calaveras agujereadas
y la misma piel muerta y curtida de los asesinados
muestra sus tatuajes de mujeres con pechos desnudos.
Cada treinta minutos alguien aprende que con el pelo humano
se hacían telas fuertes y suaves, que el imperio
electrónico Siemens fue construido con esclavos de los nazis
y que el humo de los crematorios, aunque estén apagados,
se eleva cada treinta minutos por este cielo de Madrid
para que no olvidemos aunque olvidemos, para que no perdonemos
aunque tantos ya al asesino hayan perdonado.
Cada treinta minutos montones de cadáveres apergaminados
son arrastrados a una gran fosa. Se mueven cual muñecos de plástico,
cual montón de tierra que con más tierra será escondida de la historia.
Pero cada treinta minutos esa tierra es removida y expuesta para
que ojos frágiles, sorprendidos o incómodos tengan que cerrarse
y pasen a sala más grata. Y para que otros ojos queden inertes, rotos,
ante tanta barbarie desatada por el odio, la ira y el desprecio.
La máquina inmisericorde proyecta cada treinta minutos
su ración insomne de muertos enteros y también despiezados,
de campos de exterminio asépticos y de nazis orgullosos y sin pena,
de cuerdas de presos y de trenes, de trenes negros que a la muerte
llevan.
¿Quién ha de convocar a todos estos montones de muertos?
¿Cómo haremos las listas para llamarles si sus nombres no sabemos?
¿Qué Cristo ha de decir *Lázaro, resucita, pide para ti justicia y recuerdo?*
¿Qué plaza podrá contener no a cientos ni a miles, sino a millones
de desaparecidos que hoy en las conciencias son sólo leves espectros?
¿Sabrían el camino de venida y querrían tomar otra vez
ese camino de regreso? Si se dieran las manos en una cadena
¡cuántas vueltas a la tierra, con sus mares y océanos,
sus montañas y helados desiertos, darían estos, estos que son tantos
muertos!
Llegarían, si quisieran, a la luna y, por su enorme abrazo de sombra
diríamos:
Mira, la luna está en luna de huesos creciendo. (Y algunos se quedarían
tan frescos).

Fue un tiempo de mártires y, aunque tuvieron la mirada firme,
la misericordia no se apiadó de ellos. Y, ni entonces ni ahora, la
guitarra
de los álamos del los campos, ha podido matizar la cruel muerte con
su rezo de viento.

Él tiene su nombre preparado para añadirle
a la lista de los insurrectos. No teme, no claudica.
Sabe manejar el berbiquí en sus emociones,
recicla el olvido como alegría por lo cotidiano
y sabe de memoria canciones aún no escritas.
Persiste en concentrarse en los sueños,
en defender banderas que otros queman impunemente,
en hacer malabares con las palabras y así alumbrar poemas.
Las sombras las hace comestibles, pues a ello aprendió
de otros insurrectos, y sabe el sencillo secreto
de trocarse en dios sencillo a la orilla de cualquier lago.
Él ama la ausencia búdica y, al tiempo, la plenitud
de respirar en la palabra, pues ser preciso es saber
dónde poner el don de la mirada. Y se sigue asombrando
porque sepa a tanto la vida.

Somos siete mil millones
pero se sabe único, no aislado, en el inmenso cuadro
donde se traza la vida. Solo quiere ser uno, no más, pero uno: él.
Y dice, te tengo dentro de mí aunque consumas mi sangre,
escucho tu aliento y así en mí haces agua de manantial perenne,
te miro a los ojos y eres como el espejo con alma de plata
que no miente.

Persigue, en vano, el tibio la sabiduría,
es tristeza el fruto que recoge el místico negacionista,
es fatal destino dejarse clavadas las espinas en la piel.
Por eso, sabe que el dolor es la ventana por donde entra la luz
y que el ocaso nos trae la serenidad de la noche, allí
donde habitan firmemente fundidos vida y deseo. En la piedad,
al fin, es donde tiende a descansar el alma su impaciente vuelo.

Mosameet Hena, una niña de 14 años de Bangladesh, fue condenada a 100 azotes por un tribunal local por tener una supuesta "relación ilícita" con uno de sus primos, un hombre de 40 años, aunque algunos informes aseguran que el hombre violó a la menor. Tras recibir 80 azotes con una caña de bambú, se desvaneció y fue llevada a un hospital donde murió una semana después.

EL PAÍS, 5 de febrero de 2011

Mosameet Hena

Bangla Desh, Bangla Desh... así rezaba el primer verso de aquella canción de Joan Baez en mil novecientos setenta y dos.

Independencia y pobreza, estado emergente en estado catatónico, saris multicolores al sol espléndido, manglares impenetrables al desaliento.

Creció mi adolescencia tarareando aquella canción y aquel sueño. ¿Acaso hay país sobre la tierra con nombre más hermoso y exótico?

Mosameet Hena era una muchacha con catorce años treinta y nueve años más tarde. Fue violada por su primo que nació un año antes de la canción. Mientras era violada sé que por el rostro de Mosameet corrieron lágrimas, pero no sé de qué color eran sus ojos. También sé que tenía la piel oscura, el cabello oscuro, la casa oscura como la pobreza, pero desconozco la forma de su rostro y hasta dónde había luz en su hogar.

Fue violada y, por ello, castigada a recibir cien azotes sobre su espalda. La piel a los catorce años es suave, la carne es tierna y aún el odio no tiene nombre en el vocabulario de una muchacha de catorce años pobre y violada. La noticia dice que se desmayó al ochentavo azote que, llevada al hospital, tuvo una agonía de una semana, que murió y fue enterrada en su aldea, Naria. ¿Alguien puso alguna flor en su tumba? ¿Hubo responso, lágrimas, rabia? ¿Cómo fue el silencio en el funeral de Mosameet?

... Es la historia de Bangla Desh, hombres ciegos la empiezan cada vez... seguía la canción.

Pero ¿es que la ceguera ha de ser sinónimo de crueldad? Hay algo que tendría que cambiar en la canción.

Al menos, a partir de hoy no podré escucharla
sin que cada nota suene como cada uno de los ochenta latigazos
en la espalda de Mosameet. Una espalda abatida y escrita
con los pentagramas de la canción del odio, siempre hecha con dolor.

La noche que perdí el alma
andaría Dios extraviado ultimando
negocios con los traficantes de almas.
No dejó recado alguno de dónde estaba
o dónde acudir en caso de pérdida, dolor o hastío sin pausa.
Las comisarías del paraíso habían cerrado
indefinidamente las ventanas
de atención al público, nadie estaba de guardia
para denunciar tan gran falta.
La noche que perdí el alma
las iglesias eran casinos donde
los sacerdotes oficiaban ritos
por el bien de su iglesia y su macroeconomía
de valor incrementado a golpe de legados y estafas.
A la puerta un mendigo practicaba
economía sumergida con su mano inerte extendida, helada.
La noche que perdí el alma
era la mil doceava noche que la ciudad congoleña
de Kivu era bombardeada, y Josephine,
mujer pobre-negra-madre-de-cuatro-hijos
era brutalmente violada por quinceava vez
y nadie quería enjugar sus lágrimas ni lavar la sangre
de cada centímetro de su piel, herida y robada.
Ninguna canción de amor podrá ya recuperar
su vida; el lenguaje de las bellas palabras
ya no cabe en las almas rasgadas.
La noche que perdí el alma
perdí al guardián de sus palabras
y supe que son más las palabras que habitan fuera de ella
que las escasas letras en la voz de un alma cuarteada,
y es que cuando hay pequeños niños
que en la calle esnifan olvido contra la soledad amarga
de sentirse abandonados, rotos, perseguidos,
todos los abecedarios bienintencionados se quedan blancos,
sin páginas,
y no hay quien explique y defina así
la misma existencia del anhelada alma.
La noche que perdí el alma
los políticos-predicadores gritaban y a las guerras preventivas
llamaban, y vi cómo rebaños enteros de hombres-espectadores
aplaudían, sonreían, un sentido nuevo a su aburrida inexistencia
daban.

La noche que perdí el alma, Dios estaba ausente, como siempre,
y ningún ángel me dio cita para curarme tan gran herida llagada,
y aunque dejé recado hablado, escrito y llorado, nadie llama. Por eso
ya no reclamo a Dios su ausencia y silencio, sino que mi ira brama
contra quien en su nombre ha secuestrado la risa, ha roto
esperanzas,
ha abandonado al justo, ha predicado palabras vanas,
ha roto la tierra, ha sembrado minas y alambradas,
ha extraviado la ruta, ha impuesto la eternidad sobre el mañana.

No me digáis que rece para estar en su presencia,
que tenga fe para hacer su huella palpable y larga,
que pronuncie su nombre, que camine en su senda,
que comulgue su cuerpo de harina tan blanca.

Hoy todo gira con las mismas preguntas de siempre
y distintas respuestas que nos florecen de ansia,
pues nada ha de ser como ayer, tiempo oscuro y robado,
que el tiempo ganado en libertad y derechos nos salva
y un gran poema late ya muy dentro y sin miedo
para crear la forma, el acento, el latido de una agnóstica alma.

Que la noche que perdí la vieja alma amordazada, endiosada,
fue la noche que una nueva, libre y humana comenzaba.

Habrá alguien que pregunte por Ti
en la puerta del paraíso? Suena
tan larga la distancia hasta allí
que Ítaca parece solo parte del gran sueño.
Ten, dios mío, la valentía de renunciar
a tu trono dorado, admite que sin los hombres
eres nada, que sólo vales el eco de las oraciones
o el incienso que al cielo se eleva sucio,
que tu infinito valor es la tasación de las catedrales
y las pinturas piadosas de los grandes maestros.
Yo pregunto dónde por mi pregunta dios y
si para él estoy sordo o si su gran silencio halla
respuesta en Hiroshima o Mathausen o Bosnia o

Preguntas desde el fondo del mar

(En recuerdo de los subsaharianos ahogados. Mar del Estrecho entre Norte y Sur, y que desde octubre 2003 son tantos)

¿Nunca sabremos cuál es el número límite para que los ahogados anónimos tengan un funeral en nuestras conciencias cómodas y satisfechas?
¿Es que dejaron sus aldeas de hambre y tristeza tras un sueño de paz y abundancia que sólo fuera una leyenda en el colectivo de sus pueblos?
¿Acaso sus vidas es el precio que la humanidad ha de pagar a cambio de nuestras buenas mesas, vacaciones aburridas e hipotecas sin fin?
¿Cuánto valen en Moncloa y en la esquina de la Carrera de San Jerónimo, treinta y seis ahogados indocumentados anónimos olvidados?
¿Hay ángeles en algún justo cielo que les entonen el Aleluya de Leonard Cohen en sus oídos inundados mientras ascienden a una eternidad sin trampas ni hambres?
¿Hay quien aún cree que las pateras llevan aventureros ociosos empeñados en vivir en un mundo de bienestar que sólo a los de aquí nos correspondiera?
¿Para quién fue su última mirada antes de perderse en el infinito del silencio y quién nos devolverá esa mirada que se hizo al mar con el horizonte de la esperanza?
¿Por qué el mar ha de ser la sepultura del campesino sin tierra, del albañil sin obra, si hasta el marinero quiere reposar en la tierra propia y fundirse en ella por siempre?
¿Y quién me va a decir a mí que mi vida de reloj burgués es más preciada que la suya de náufragos desheredados en busca del paraíso que nunca alcanzaron?

Si supiera orar, no oraría por vosotros,
inocentes ahogados,
pues vuestro es el reino de los cielos.

Oraría por mí, porque vivo en vuestro paraíso soñado
sin abrir
las puertas del reino de la tierra.
Que también es vuestra.

Madre, porqué no me explicaste
que el prelude a tu muerte era esta guerra.
Porqué antes de caer la bomba no me escondiste
en el seno del que nací para que, de nuevo en él,
en ti, yo también muriera. Y por qué, dime por qué
no te protegió dios, él que todo lo puede,
si todas las noches le invocabas y contigo aprendí
a rezar para que la muerte no fuera cruel cuando viniera.
Madre, me lleno con tu sangre aún caliente. Tú, ten la mía,
bébela rápido, que también estoy abierta,
que quiero ser tu corazón, aunque sea pequeño,
para que así de nuevo latas y a la vida vengas.
Y que tus manos me agarren fuerte y así no olvide
el amor que de ti aprendí o la ternura de tu caricia,
y sienta de nuevo los ríos de tus manos que me bañaban.
Vuelve a casa, pondremos sacrificios a los dioses
si así te devolvieran la vida. Escucha, oigo aún tu corazón
o es el mío que desbocado sale de mi cuerpo, óyeme, contesta
con tu mirada que nunca se cansaban de encontrarse con los míos.
¿Por qué los hombres no escuchas y sólo hablan con el fuego,
por qué a su melancolía la hacen fusil, por qué ansían ser felices
en la muerte? Dónde ese hombre que nos socorra, que arrastre
conmigo tu cuerpo antes de que se le coma el olvido?
Madre, si tú no me escuchas quién en esta guerra lo hará?

El mar es un corazón infinito y eterno,
nunca descansa, siempre late para que no olvidemos ese mar propio,
minúsculo, que nos late en el pecho. Cada gota de mar
es mínima molécula, invisible alma, caritativa alma,
presta a entregarse con su antigua sabiduría de silencio.
El mar es el gran solidario, nos parió cuando, primero,
nos dio forma de simple bacteria y luego,
nos unió y multiplicó hasta conformar el primer pez,
el pez Adán.

No fue Jesús quien hizo la multiplicación
de los panes y los peces; fue el mar con su sal, con su sopa
primigenia, quien lentamente ingenió la procreación y, con ello,
el deseo y la permanencia.

Darwin escribió la gran biblia, la primera
biblia sin mitos ni dioses ni profetas; la biblia que
nos explica y consuela sin promesas; la biblia que
no nos castiga o amenaza eternamente; la biblia que
se puede leer sin miedo y libera de los grandes miedos; la biblia que
hermana a todos los seres vivos sin exclusiones y que hace entender
porqué me siento tan cerca del pájaro que vuela, del gusano
que se arrastra, de ese pez Adán y de todos los peces sin nombre
que en el mar aletean, pues sólo unos millones de años
nos separan.

No hay descanso en el mar, el mar nunca
fue descanso.

Es el tiempo continuo en el que nacemos
y amamos, es la primera música, el coro salvaje de la polifonía
natural.

No hay mar sin cielo como no hay
piel sin carne. Cerca del mar no son necesarios los dioses. Por eso
los dioses fueron creados tierra adentro, lejos
del origen de la vida. Hay dioses del cielo, del templo, del fuego...,
pero no hay dios del mar. Al mar le habitan sirenas y ninfas,
pequeñas madres, tenues diosas de los sueños y deseos
que al hombre embelesan y seducen antes de llevarlos a su seno.
No hay dios en el mar, en el vendaval
el marino no se encomienda a dios alguno que nada vale
en medio de la tempestad.

Tiene el mar cuerpo de mujer, es
la mujer cuerpo de ola que lleva el mar cuando anda,
cuando habla, cuando mira. Hay una sirena olvidada
en cada mujer. Su memoria profunda es de agua,
ella es el líquido que deseamos amamantar.

Lo más oscuro no es el comienzo de la vida;
ni siquiera lo es el porqué de la existencia.
Lo más oscuro no son las preguntas sin respuesta
ni las respuestas en busca de pregunta.
Lo más oscuro son las leyes de los dioses,
la larga historia de ser bestias bajo su yugo, la cárcel
en que convierten el prodigio de la vida.

En el principio fue el agua,
fue el mar y la fuente. Fue la laguna donde
descubrimos nuestro verdadero rostro, fue
la lágrima que surcó clara por nuestro pómulo.

Aún

la sirena tiene memoria de ese tiempo, no en vano
su mitad de pez es el profundo telúrico que nos llama
y esa otra mitad suya, esa mitad de mujer y deseo
es el aparejo con que se sustancian el amor y la vida.

Hay una zozobra de barco atracado en puerto
que golpea el espigón de la sien cuando el mar truena,
que se arrulla en la bonanza de la flor del manzano
y habita en el olvido de los baúles huecos.
Yo monté el caballo borracho de besos solitarios,
discurrí por el arroyo desviado a la central de los shows televisivos,
grité al cardenal atrincherado en su exigencia de vida eterna
y supe
que aquí sobran los eléboros engañosos, la dinamita de los odios
y la picana del olvido,
que por encima de la voluntad del sol
está el proyecto de los amasadores locos, febril enfermedad sin cura.
Nada hay indemne al miedo y a la desconfianza,
todos son sospechosos ante la sospecha
y el cáliz de la pasión se repite veinte veces por segundo
sin páginas de historia ni iglesias para tanto dolor.

Nos conmueve la belleza
y nos desmuele la fealdad.
Nos sobrecoge el ritmo antiguo de las olas
y también la soledad de los heridos tras un bombardeo.
No somos indiferentes
a los fuegos que devoran nuestra casa,
a los cristales clavados en los pies descalzos
o a la huida sin paz del exilado de su patria.
Todos los sitios antiguos alguna vez fueron nuestros,
y en todos los mares del mundo
hemos navegado como los peces lo hacen ahora.
Larga siempre fue la noche. Larga
como breve lo es la respiración de un dios...
 Y cuando nos mueve la belleza
 un ángel soporta, por nosotros, el dolor.
Sabemos que alguna vez no hemos existido
y que el mundo será indiferente a nuestra esquela.
 Que no es más cierta nuestra existencia
 que la certeza del tiempo sin medida.
Y que tan sólo el ángel, tan humano,
puede ser confesor a nuestra conciencia de culpa,
pues no en vano él conservó sus alas
a cambio de no distinguir entre el placer y el dolor
-verdaderos nombres del bien y el mal-,
y de negar la memoria de lo vivido, pues esa es la única forma
de soportar la eternidad sin desear morir del todo.